

## CAPÍTULO IX.

ES BUENA COSA, Y MERECE LEERSE.

AL día siguiente descamparon todos los huéspedes llevándose Fray Gerundio en todo caso sus 200 reales en la bolsa, y su *Semana Santa* entre pecho y espalda. Esto le acomodaba infinito, y ya no dudaba que se sorbería todos los sermones famosos de veinte iglesias en contorno, ni más ni ménos como si se sorbiera un par de huevos pasados por agua; tan firme en este concepto, que ya repartía en su imaginación algunos de los que sobrarian entre Fray Blas y otros amigos. Fray Gerundio, Fray Blas y Anton Zotes se fueron á comer á Fregenal del Palo, donde se dividía el camino para Campazas y para el convento, con ánimo de descansar aquel día en casa del famoso Familiar.

Recibióles éste con su agrado, sosiego, paz y socarronería natural luego que se apearon, y los saludó á todos cariñosamente; pero sin quitarse de la cabeza un monteron perdurable, dijo á Fray Gerundio: « A fé, sobrino, que vienes al más mejor tiempo de el mundo, porque nos saques de una enfecultá; porque yo bien conozco que eres un gran letrado, y que has regolvido más libros, que un bilbateca-

« rio... » *Bibliotecario*, querrá V. decir, le corrigió Fray Gerundio. « ¿Ya escomienzas, majadero? le replicó el Familiar. Si entendieses lo que quiero decir; ¿qué te importa á ti el modo con qué le digo? « Al fin *bilbotecario* ó *bribriquitario* ó sea lo que se juere, lo que yo te digo es, que tu tia y yo estamos en una contraversia; el punto tiene uñas, ó no me parió mi madre, ó harto será que yo no tenga harta razón en el caso... Pero desenfórjen- se primero Vdes. y entremos en la sala baja, porque no es negocio de tratar unas materias tan hon- das en el corral. »

Hiciéronlo todos así; entráronse en la salita, y limpiáronse el sudor, aliviáronse la ropa; echaron un trago, y estando ya sosegados, prosiguió el Familiar de esta manera: « Pues (como iba diciendo de mi cuento) ¿no vés sobre aquélla arca grande una arpillera liada? Mas vá á que no adivinas lo qué tiene. ¿Cómo quiere V. que lo adivine? respondió Fray Gerundio. Pues yo te lo diré en prata, dijo el Familiar, tantas varas de una tela muy rica, que yo no sé como se llama, solo sé que me costó á 60 reales la vara; porque dicen que viene allá de las Indias, y no se fabrica en nuestro incontinente, y es de color de pechuga de tordo zorrero, ó de aquellos pájaros que se llaman, se llaman... Válate Dios; ¿cómo se llaman? Ello es una cosa que suena á maravedises. ¿*Malvises*? apuntó Fray Blas. Si, padre nuestro, prosiguió el Familiar, *Malguises*, que no parecen sino mesmamente el color del hábito de nuestro Padre San Francisco. Amen d'eso, hay en la tal arpillera otras tantas varas de raso



«liso amarillo como hiema de huevo, para la enfor-  
 «radura. Alente de todo lo dicho se contienen en  
 «la susodicha otras milenta varas de listonejos y de  
 «fruecos con campanillas ó con esquilones ó con  
 «pencerros, que dice mi mozer, que cosa que es  
 «muy precisamente necesaria para hacer un piso ó  
 «un friso, ó que sé yo como se llama; con sus on-  
 «das escaljadas ó escaroladas, en el roda-pié de la  
 «basquiña. *Item*, un cordonillo de hilo d'oro muy  
 «sotil, para los cabos de la casaca. *Item*, otro cor-  
 «don grande del mismo hilo con sus nudos á tre-  
 «chos como los cordones de los flaires, pero traba-  
 «jado con mucha prolijidad, delicadeza y simetría,  
 «que real y verdaderamente encalabrina la vista. Ea  
 «pues, apostemos una azumbre de vino, que no adi-  
 «vinas ¿para qué es ese todo matalotaje? *Item*  
 «¿Cómo quiere V. que yo lo adiviné? respondió  
 Fray Gerundio. «Ten paciencia, dijo el Familiar,  
 «que yo te lo diré, sin que te cueste trabajo. Tu pri-  
 «ma Sidora estuvo primero en carrampion, después  
 «con veruelas, después con destinseria, y en fin si  
 «se vá ó no se vá, que era un joicio esta casa. A  
 «este tiempo vino aquí un flairico (ni más ni ménos  
 «como tú, sálvante el santo hábito), que predicó á  
 «San Antonio de Paola, y dijo entre otras cosas,  
 «que era bueno encomendar las doncellas enfermas  
 «al Santo, y ofrecerle que traerian su hábito, por  
 «tanto y por quanto tiempo. Para esto contó un  
 «ejemplo de una doncella rica, hermosa y la única  
 «engenita de su casa, que estaba ya agonizando por  
 «unas veruelas malinas, que le habian ponido la ca-  
 «ra como un sapo hinchado; la madre la ofreció con

« mucha endevocion al bendito Santo, diciendo que  
 « si la sanaba y la quedaba sin ojos en la cara, la  
 « habia de vestir de su hábito, hasta que se casase,  
 « ó en fin tubiese otra conveniencia que Dios la de-  
 « parase. Súpitamente sanó la doncella, y la cara se  
 « la quedó tan lisa y tan llana, como si mesmamente  
 « fuera una mesa de trucos. Oyó este ejemplo tu tia  
 « Cecilia, viene á casa, cuéntamelo, y dice, que  
 « quiere hacer lo mismo con Sidorica. Dígola que me  
 « parece santo y gueno. Al cabo de muchos dias, co-  
 « menzó á remplazarse la muchacha, hasta que al  
 « fin se levantó de la cama, y con el tiempo se fue-  
 « ron cerrando los agujeros de la cara, tanto que  
 « quedó como unas flores, y como si enjamas hubie-  
 « ra tenido tales veruelas. Díceme tu tia, quiere  
 « cumplir su promesa, y yo la respondo, que santo  
 « y gueno; qu'es mucha razon y josticia, ¿y qué ha-  
 « ce? Vá y despacha un mozo á Vallaulí, el cual llegó  
 « anoche con todos esos argamandijos, para el santo  
 « hábito. ¿Qué te parece, Gerundio?»

«¿Qué me ha de parecer? que hizo muy bien mi tia  
 Cecilia, porque es justo enaplr lo que se ofrece á  
 los santos. A este tiempo entró Cecilia en la sala, y  
 conociendo lo que se hablaba por la respuesta que  
 dió Fray Gerundio, dijo con mucho alborozo: «Bien  
 «haya la madre que te parió, sobrino mio, que das  
 «la razon á quien la tiene, y no tu tio, que es un  
 «testarron, y en dando en una, no le sacarán de allí  
 «cuatro juntas de gueyes. Tanto me han entendido  
 «el sobrino como la tia, respondió frescamente el  
 «Familiar, y mejor matrimonio era imposible que se  
 «juntase, si él no fuera flairic, y ella no fuera mi



« mujer. Vamos al caso: yo no digo que no se cum-  
 « pra lo que se promete á los santos. ¿Soy acaso  
 « por ahí algun hereje de mala ralea, para enseñar  
 « esa mala doctrina? Lo que digo es, que cuando se  
 « promete á un Santo poner el hábito de su religion,  
 « como si dejéramos á San Antonio de Paula, el de  
 « San Francisco; á San Vicente Ferrer, el de Santo  
 « Domingo; á San Francisco Javier, el de los Teati-  
 « nos, y ansina de otros: lo que yo entiendo es, que  
 « se ha de vestir la persona de aquel mismo paño,  
 « sayal ó estameña de que anduvieron vestidos los  
 « santos, á quienes se hace el prometimiento, ó á lo  
 « ménos del que andan vestidos los flaires de su re-  
 « ligion, pobre y humildemente; porque decirme á  
 « mí, que ha de ser enculto y ensequio de los san-  
 « tos traer unos hábitos, que cuestan más que las ga-  
 « las de una nóvia, solo porque se asemejan un si-  
 « es no es en el color, pero en lo de demás telas muy  
 « ricas, ó á lo ménos muy delicadas, mucho cinta-  
 « jo, mucha farfalá, mucha franja, cabos por aquí,  
 « gueltas por allá, escudo con mucha pedrería, evi-  
 « llas de lo mismo en las correas, y ansina otras  
 « fantasías, qu'a inventado la vanida de las mujeres;  
 « eso es habrarme de la mar: y no me sacarán de  
 « que esto es más burla, que devocion; más es irri-  
 « tar los santos, que hacernos los perpicios, aun-  
 « que me prediquen flaires descalzos.»

Segun eso, replicó Fray Gerundio, V. querrá que una mujer tierna y delicada, ofrecida á traer el vestido de San Antonio, ó por devocion ó por reconocimiento de algun beneficio, se vistiese de un sayal áspero y burdo; y si es el de San Vicente Ferrer, de

una estameña gruesa y ordinaria; si el de San Francisco Javier, de un paño comun y bašto? « Craro está  
 « que lo querría, y que lo quiero, respondió el Fami-  
 « liar, porque en demas nos es vestir el hábito que  
 « trajeron los Santos, ni es devocion, ni es penitencia,  
 « ni muertificacion ni es modestia virginal, sino ven-  
 « tolera, vanida, ostentacion, profanida, descarnio,  
 « sacrilegio, ¿y qué sé yo que más? Mal me quiebren  
 « los huesos si los Santos no se irritaren de este in-  
 « culto, en lugar de darse por obsequiados, y para  
 « que no magines cabro de mi calletre, te he de con-  
 « tar un ejemplo que m'acuerdo haber oido á este  
 « propósito.

« A cierto caballero muy jurador y maldiciente, le  
 « castigó Dios, disponiendo que se le hinchase la len-  
 « gua, y le saliese un palmo fuera de la boca. El po-  
 « bre impaciente, se enrepentió, y ofreció á la Santí-  
 « sima Virgen, que si por su intercesion le libraba su  
 « Hijo de aquel trabajo, se vestiría de ermitaño, y la  
 « serviría como tal en un santuario suyo muy cele-  
 « brado. Al punto y al momento se recogió la lengua á  
 « su lugar, y él empezó á cumplir su promesa hon-  
 « radamente, yéndose al santuario, y echándose á  
 « cuestras una saya de ermitaño con todo rigor, que  
 « no habia más que pedir. Pero el diablo que no  
 « duerme, le sugirió endempues, qu'aquel traje le  
 « deshonoraba, y que podia cumplir su promesa, con-  
 « servando no más que la figura, y mudando la mate-  
 « ria, de manera que pareciese ermitaño, sin dejar  
 « de mostrar que era caballero. Cayó el pobre señor  
 « en la red que le armaba el astuto enemigo, echóse  
 « un saco y un manto y una capilla de paño fino, pren-



« diendo la correa con evillon de plata sobredorada,  
 « que parecería bien en el petril del caballo del mis-  
 « mo rey; su sombrero branco de castron con su ga-  
 « lon d'oro, que enchizaba, sus medias de seda enta-  
 « raziadas de varios colores, que formaban un pardo  
 « enzenicento muy apracibre á la vista, sus zapatillas  
 « blancas listoneadas á trechos de negro, para remedar  
 « las andarias de los flayres descalzos, y por báculo  
 « una caña de Indias con su puño d'oro, en figura de  
 « cayado, como dicen, que s'usan agora en algunos  
 « señores de la córte; ¿y qué sucedió? qu'á pocos  
 « dias qu'anduvo, en este traje enresible para los  
 « hombres de juicio, se le volvió á escurrir la lengua  
 « de la boca, y en verdá, en verdá casina murió, no  
 « habiendo ninguno, que no lo atribuyese á castigo de  
 « la Virgen, por la burla qu'abia hecho del hábito qu'a-  
 « bia ofrecido, y esto siendo ansina, que el hábito de  
 « ermitaño no está bendito, ni como dicen significado.  
 « Pues que sanden agora las señoras damas á burlarse  
 « con los santos hábitos. »

« No creo yo, dijo entónçes Fray Blas, que lo hagan  
 « por burla; sino por la natural delicadeza del sexo,  
 « que no las permite usar de unas telas ó paños tan  
 « bastos, que las brumarían. « Padre predicador mio,  
 « replicó el Familiar, déjese de circunloquios: lo pri-  
 « mero, del mismo sexo fueron las Santas y grandes  
 « señoras, que sabemos andaban en el siglo vestidas  
 « de los hábitos de varias religiones, y de ninguna se  
 « dice, qu'anduviese vestida de esta forma, sino lisa,  
 « llana y pobremente como los flayres y como las mon-  
 « jas: lo segundo, del mismo género son tantas ca-  
 « puchinas descalzas, recoletas, carmelitas y otras

« innumerables, que pueden muy bien con los paños  
 « burdos, sin que las avoquen las fuerzas ni las per-  
 « judique la salud: lo tercero, que yo no ponga el  
 « hainco en que los hábitos de las damas sean de la  
 « misma mismísima materia, que los de las monjas y  
 « de los flayres. Bien está que sean de una tela de lana  
 « un poco más delgada; que la qu'usan estos y aque-  
 « llas, aunque se incrine algo á tela fina, con tal que  
 « sea honesta siempre sencilla, sin arrumacos ni re-  
 « cubecos: ¿pero de seda? ¿pero de telas de oro y de  
 « prata? ¿pero mucho encaje, mucho perifollo y mu-  
 « cho sí señor? Déjelo, padre, que eso es un ludibrio  
 « de la Religion, y no sé como no han metido la ma-  
 « no los que pueden atajar estos escarnios. »  
 « Oyes, oyes (dijo á esta sazón Cecilia con bastante  
 « viveza,) por mi vida, que el bendito San Antonio,  
 « que está en la capilla de la parroquia, no tiene por  
 « ahí nengun hábito de sayal toscos; sino que tiene un  
 « hábito de saya de la reina, de tela muy rica, con su  
 « flajan de oro por orla, y al rebedor de la capilla y  
 « de las mangas un galon ó punta de lo mesmo. Qu'a-  
 « puesto yo, que el hábito costó más de veinte dolo-  
 « nes, y es de saber, que quando ofrecí poner el há-  
 « bito á mi Sidorica, ofrecí ponerla el de San Anto-  
 « nio, y nó el de los flayres: pues si la ha unviado á  
 « traer una tela y una flanja y un galon ello por ello,  
 « como el del mismo Santo, ¿por qué nos estás ahí  
 « quebrando la cabeza y bruñendo los sesos? »  
 « ¿Ahora no vén Vds. (respondió con flemma y con  
 « marragería el Familiar) si mi mujer es ingeniosa?  
 « Cual si hubiera estudiado teología; á la hora de esta  
 « ya era por ahí saminadora sinodal de media docena



« de obispados. Mire V., señora Cecilia, á los Santos  
 « en los altares, regularmente hablando, los ponen  
 « muy galanos, para representar acá en nuestro modo  
 « la vestidura enmortal y riquísima de que están  
 « adornados en la gloria. Dirásme tú á esto (craro  
 « está,) que aunque se empeen para esto las telas  
 « más ricas, ni las piedras, ni las joyas más preciosas,  
 « todo es poco y nada ascanza; porque cuanto hay en  
 « la tierra, todo es una garzofia en respectivamente  
 « al menor rasguño del Cielo: pero cuando se pro-  
 « mete á un Santo traer un hábito, como por compa-  
 « ranza, á San Antonio, ora sea por devocion ó peni-  
 « tencia, ora por cualquiera otro motivo, no se pro-  
 « mete andar vestida como San Antonio glorioso, sino  
 « como San Antonio penitente; no como maginamos  
 « que está en el Cielo, sino como sabemos que andu-  
 « vo en el mundo: lo demás, señora letrada, de pre-  
 « sumir andar una pecadora como nos figuramos á los  
 « santos en la gloria, no sé yo si guele á cosa de en-  
 « quisicion; y en verdá, que como oliera, yo mismo  
 « la enseñaría á V. el camino, que ya vé si por mi  
 « oficio s'a de decir, *que en casa de herrero, cuchillo*  
 « *de palo.* »  
 « ¿No sino que vestiria yo á mi hija, como si fue-  
 « ra por ahí una demandadera de las Descalzas? Mi  
 « hija es tan buena como las demás; y si otra sacan  
 « hábitos ricos, ella no ha de ser ménos. Si las otras  
 « son locas, añadió el Familiar, que lo sea tambien  
 « tu hija, y si las otras se van al infierno, que se va-  
 « ya tambien ella. ¿Pues qué, dijo Cecilia, es pecado  
 « traer hábitos de moda? Eso, amiga mia, respondió  
 « el Familiar, doctores tiene la Santa Iglesia, que te

« sabrán responder. Lo que yo te sé decir es, que es-  
 « tando en Vallaulí, oí á un misionero (que dicen que  
 « era hombre muy sapientísimo), que el hacer burla  
 « de los santos hábitos de las Religiones aprobados  
 « por el Santo Padre de Roma, y aplicarlos á usos  
 « profanos y otras cosas así, era pecado muy gordo y  
 « no me acuerdo si dijo algo de excomunion. Si es ó  
 « no es profanar los santos hábitos el traerlos para la  
 « vanidá, para la ostentacion, haciendo soberbiosa  
 « la humildá, conyirtiendo en riqueza la pobreza, y  
 « queriendo juntar la honestidá y la modestia de los  
 « santos con todas las modas, y aún con todas las  
 « desenvolturas del sigro, la resolucion de este caso  
 « no es para cabezas redondas como la mia. »

« Bien hace V., tio, en no resolver, interrumpió  
 Fray Gerundio, porque si ese fuera pecado, no esta-  
 ria tan públicamente consentido, ni se hubiera exten-  
 dido tanto el uso de los hábitos, que ya se ha hecho  
 especie de moda. Vemos que los traen señoras de  
 todas clases, y muchas de ellas frecuentan los Sacra-  
 mentos, confesándose con hombres sabios, que las  
 absuelven y lo permiten; con que no debe de haber  
 en eso tanto mal como á V. se le figura. « Dobremos  
 « la hoja, sobrino (respondió el Familiar), que qui-  
 « zas no meteremos en cosas muy hondas, donde ni  
 « tigo ni migo podemos salir. En eso de hombres sa-  
 « bios hay su más ó su ménos; las ausoluciones tam-  
 « bien he uido decir, que andan muy baratas: en fin,  
 « *de encultis non judicat Ecclesia.* »

« Una cosa te puedo decir, que aunque yo fuera  
 « Padre Santo, no me habian de llevar la ausolucion  
 « los que anduviesen como una que yo vi, y dicen



« que era señora de emportancia. Traia una basqui-  
 « ña muy cumprida, de una tela morada muy requi-  
 « sima, con sus encajes atrechos de prata, cada uno  
 « de más de tercia, y en bajo de la basquiña y e  
 « guardapiés, un toncillote, que, como me parió mi  
 « madre, no cabia á las derechas por una puerta muy  
 « ancha; en conformidá que cuando entraba la seño-  
 « ra por alguna, era menester enjurrarse de lado, ni  
 « más ni ménos como lo hace una moza cuando mete  
 « una brazada de manojos por la puerta del horno.  
 « Colgábala de la cintura una cosa á manera de tren-  
 « za ó de cordon, que se componia de tres cositas  
 « muy anchas; de telas todas entreveradas, para sal-  
 « picar mejor los tres colores, que eran morado,  
 « blanco y azul, los cuales tenian ilusiones á no sé  
 « qué misterio. Esta trenza, ó cordon, ó lo que fue-  
 « se, no bajaba en pié prependicularmente hácia en  
 « bajo, como las correas, los cordones ó los ciñido-  
 « res de los religiosos ó religiosas. No, oh Señor,  
 « venia curaculeando por un lado de la basquiña con  
 « sus lazos de tramo en tramo, y remataba postrera-  
 « mente entre las dos últimas correas del encaje, con  
 « un cóselos de palmo, que no parecia sino un gira-  
 « sol pentiparado. La casaca era de la misma tela  
 « que la basquiña, y tambien subian y bajaban por  
 « ella unos encajes de hilo de prata, ensortijado an-  
 « sina á manera de los cohetes, que llaman de cola,  
 « y sino (y es más mejor comparanza) como los ca-  
 « potillos de llamas de los injusticiados por el Santo  
 « Oficio, y rejalgados al brazo seglar; traia esteñdido  
 « al pecho un escudo de piédrería, todo él desgastado  
 « en oro, y en medio de él un retrato de un divino

« Señor, vestido de Nazareno, con la cruz á cuestras,  
 « que no habia más que ver. Las sortijas, los anillos,  
 « las misdiraldas, los dinamantes y los rubines que  
 « traia en los dedos de las manos, eso era un juicio.  
 « ¿Pues qué te diré de unos rosarios que tenia á ma-  
 « nera de gargantillas, ensortijadas en las muñecas, y  
 « eran de unas perlas finas como avellanás? Tampoco  
 « digo nada de esos que llaman *buelos* las mujeres,  
 « todos hordados tan sotilmente, que se asemejaban  
 « á las venicas de un niño muy blanco y rubio, quan-  
 « do se descubren por entre el cutis. Los *buelos*  
 « eran de tres religiones... De tres órdenes querrás  
 « decir, borrico (interrumpió la Cecilia, no sin una  
 « gran carcajada). Estimo la lisonja, prosiguió fres-  
 « camente el Familiar; ¿qué más me dá religiones  
 « que órdenes? En fin ellos eran tan cumpridos, que  
 « se me asemejaron á mangas de roquete, como los  
 « que traen los legos qu' ayudan á Misa mayor.  
 « Así ví á la tal Señora, y creyendo y bonitamente,  
 « que debia de ser recien casada, y que aquella era  
 « sin duda la más rica gala de novia, se lo dije á un  
 « mercader mi conocido, que estaba enjuto á mí. El  
 « mercader se rió mucho, y me respondió qu' aque-  
 « llo no era gala, sino un hábito de Jesús Nazareno,  
 « que s'abia echado la señora en cumprimiento de  
 « una promesa. ¡Hábito de Jesús Nazareno! que yo  
 « en toda mi vida oí que habia flayres de esa Orden.  
 « No es religión, respondió el mercader, sino que las  
 « señoras por devoción quieren andar vestidas como  
 « anduvo Jesús Nazareno. ¿Y Jesús Nazareno anduvo  
 « vestido ansina? (le repliqué todo descandalizado.)  
 « Eso preguntéselo V. á ellas, respondió el mercader.



« Confieso, señores, que me quedé entónico, y que  
 « no creyera que en la Religion cristiana se permiti-  
 « tia tan ensensiblemente una cosa que parece ha-  
 « cer chanza de lo más sagrado y lo más doloroso de  
 « ella. Aquel mismo dia se lo dije á un cierto Prelado  
 « de una Religion, con quien me confesaba siempre  
 « que iba á Vallaulí, porque es un pozo de cencia y de  
 « vertú. Dió el buen religioso un gran suspiro, y á fé  
 « que me respondió que tenia razon; y me acuerdo  
 « que á este mi propósito me dijo dos cosas: la pri-  
 « mera, qu'abra como unos quatrocientos años,  
 « qu'allá en España se enventó una seta que llama-  
 « ban de los *Flangelantes*... (Flanelantes diria, cor-  
 « rigió Fray Gerundio,) ó como tú quierdes. Pues es-  
 « tos tales Flangelantes dice que fueron condenados  
 « como herejes, por un Papa que se llamaba *Cre-*  
 « *mente sexto*. Lo primero y principal, porque ense-  
 « ñaban muchos horrores, y entr'otros, que no se  
 « podian salvar, sino, que los que quitándole el pelle-  
 « jo á azotes, se bautizaban con su misma sangre: y  
 « lo segundo, porque á este fin andaban vestidos de  
 « penitentes muy gurijos y muy emperifolados. Esto  
 « último, me dijo el santo religioso, que aún se ha-  
 « bia golvido á usar en España en tiempo de Carlos II,  
 « habiendo algunos mozuelos de malos cascos, que  
 « en tiempo de Semana Santa se vestian de peniten-  
 « tes muy guapos, para galantear á las damas; pero  
 « que el piadoso Príncipe, dempués de haber casti-  
 « gado á algunos rigurosamente, habia proveido este  
 « auto con justísimo y severísimo decreto.

« La segunda cosa que me contó, aun es al caso  
 « presente más propria. Relatóme, que dempués que

« un emperador, llamado *Heraclio*, rescató el madero  
 « de la Santa Cruz del poder del rey de Presia (que  
 « tiene un nombre muy enrebesado, ansina á manera  
 « de *Costras*), enstituyó una procesion muy solemne  
 « para culucarle en un tempro magnífico de Jerusa-  
 « lem, el mismo emperador vestido de sus ropas em-  
 « piriales, llevaba en sus hombros la Santa Cruz:  
 « pero sucedió una cosa de espanto; y fué, que al  
 « querer entrar por la puerta de Jerusalem (qu' era  
 « la misma por donde el Salvador habia salido para  
 « el Calvario), se quedó inmóvil el emperador, sin  
 « ser impusibre de Dios dar un paso para adelante.  
 « Entónces el obispo de Jerusalem, qu' iba en junto  
 « del emperador y debia de ser un santo, le dijo:  
 « Señor, sin duda, que el Salvador debe estar muy  
 « desgastado de que vos lleveis el madero de nuestra  
 « redencion en este truje tan sustentoso; porque en  
 « verdá, que cuando él le llevó por esta misma puerta,  
 « iba en hábito muy diferente. Vos llevais corona em-  
 « perial en la cabeza, y Su Majestad iba con corona de  
 « espinas. Vos vais con un manto emperial de púrpura,  
 « todo cubrido de flores, y él iba con la pobre túnica  
 « inconsutil que era de lana bañada de su propia san-  
 « gre. Vos llevais un rico collar al cuello, y Su Majes-  
 « tad llevaba una gruesa y larga soga, por la cual le  
 « tiraban aquellos malditos sayones. Vos vais con un  
 « calzado que deslumbra la vista, y el Salvador iba  
 « descalzo de pié y pierna con los piés todos ensan-  
 « grentados. Apenas oyó esto el gueno del emperador,  
 « cuando arrasados los ojos en lágrimas, se despojó  
 « al momento de las vestiduras emperiales. Vistióse  
 « una pobre túnica, púsose una corona de espinas



«en la cabeza, echóse un dogal al cuello, descalzóse  
«los piés, é incontinenti espensó á andar sin estorbo  
«ni embarazo.

«Eran de oír las refrisiones que sobre este ejemplo  
«hacia el bendito padre, ponderando el enojo del  
«Señor por una cosa, en que al parecer no habia  
«culpa ninguna, y sacando de ahí cuanto se enritaba  
«con estas obras, que no es posible dejen de ser  
«muy culpables, porque en conserucion, el Empera-  
«dor iba con aquel traje que era propio y preciso de  
«su alta dinidá. Pero estas otras Nazarenas no tienen  
«precision de andar ansina; y se visten ansina no más  
«que por antojo y por invencion de su loca fantasía.  
«El Emperador en medio de la majestad de la púr-  
«pura, iba con devocion grande, pero las Nazarenas  
«cuando habian de dar ejemplo de compostura, si-  
«quiera por lo que significa el vestido, no parece  
«sinó que se valen de él para ser más desenvolidas;  
«y poco más ó ménos lo mesmo que decia de las na-  
«zarenas, lo aplicaba tambien á las demás que traen  
«hábitos galanos.»

«Vaya, dijo Fray Blas, que debia de ser muy es-  
«crupuloso este prelado. A mí por lo ménos un hábito  
«bien puesto en una mujer me gusta mucho; á todas  
«las dice bien; pero si son bien parecidas, les cae  
«muy en gracia. «Santísima razon, respondió el Fa-  
«miliar, y en boca de un religioso. No hay más que  
«pedir. Yo, padre maestro, por ahora no me opongo  
«á que las mujeres, especialmente solteras, procuren  
«lícitamente agradar á los hombres, y engalanarse  
«por esto, cada una segun sus posibles. Su alma, su  
«palma, y cada cual se componga segun su concien-

«cia. Yo ví lo que dice un autor, que los hombres  
«tenemos tres enemigos; el mundo, el demonio y la  
«carne; pero las mujeres tienen cuatro; el mundo,  
«el demonio, la carne y el parecer bien. Lo que digo  
«es, que valerse de las cosas santas para parecer  
«mejor, eso es lo que á mí me parece muy mal. Y  
«en fin, fuese ó no fuese escrupuloso el prelado de  
«quien vamos habrando, es cierto que no lo era otro  
«religioso macizo, aunque no tanto, que no fuese ya  
«lector de Tulugia en aquella santa Comunidad, él  
«que sí halló presente á nuestra conversacion, y  
«ciertamente que tenia unos ojos tan vivos y tan  
«aquellados, que se conocia á la legua que no era  
«ganzoño. Este tal, sabia muchas copras en latin y  
«en romance, y dice que tambien las hacia muy  
«guapas. Con todo lo que conversamos, se conformó  
«tan lindamente, y aun me dijo, que yo habia de  
«tener buen entendimiento, aunque no me espicaba  
«con la mayor escricion. Cuando relaté aquello del  
«tontillo, se rió mucho y añadió que esta moda siem-  
«pre le habia parecido la mayor mamarrachada, en  
«que podia dar la imaginacion de las mujeres, aun  
«en sus trajes de gala; porque como todos saben en  
«que consiste aquel bolumbo, hacen de él la misma  
«burla que de los palitoques que levantan hasta el  
«tejado á los gigantes del Corpus, y de los cuerpos  
«de paja con que se seguran los espantajos y los es-  
«tafermos.

«A este empropósito, relató unas copras, primero  
«en latin, y dempués glosadas en romance por el  
«mismo, las que contentaron mucho al mismo per-  
«lado, y viendo tambien, que á mí me habian gus-



«tado las segundas, aunque no entendia las primeras,  
«le mandó que me diese unas y otras escritas. Hízolo  
«así, y me las metí en el balsopeto; y por vida del  
«hijo de mi madre, que las ha de leer aquí mi so-  
«brino Fray Gerundio, porque cómo yo no escanzo  
«latin, no se leerle con aquel sentido y con aquella  
«inteligencia que se debiera.» Diciendo y haciendo  
sacó del bolsillo un papel tan sobado y aceitoso, que  
parecia cuarteron de un encerado. Diósele á Fray  
Gerundio, que lo leyó en voz alta, con bastante alma,  
y se sabe por tradicion de padres á hijos, que decia  
así:

*Sunt hodie libri, ut muliebria corpora, quæ dùm  
Conclavi neglecta suo, atque inculta morantur,  
Macra videbuntur, brevibusque simillima sar dis.  
Fac tectis prodire eadem expectanda per urbem,  
Non eadem forma est. nam cum peronibus altis  
Incubere pedes, cunctam redimicula frontem  
Edificant: arcum et vestis simiosa tumescit,  
Prægnatem artifici defendens turbine ventrem;  
Protinus augetur species, majorque videtur  
Atque alia. Ingentes una implet femina postes,  
Angustatque viam magnos imitata elephantas,  
Aut orcam per aquas vasta se mole ferentem.*

## T R O V A

Si cojes de repente,  
En traje descuidado y negligente,  
A una dama en su cuarto ó una mozueta,  
Tendrásla por sardina ó por truchuela;  
Tan seca, tan enjuta y estrujada,  
Que ménos es mujer que rebañada.  
Pero espera un poco,  
Que presto verás niña á la que es cóco:  
Deja que salga á vista por las calles,  
Que aunque cien veces la halles,  
Has de decir, mirando á la doncella:

«¡Vive Dios Santo, que ya es otra aquella!  
«¿Cómo creció una cuarta en un instante?  
«¡Hoy prenilunio la que ayer menguante!  
«Cabía ayer metida en cua'quier cesto,  
«¡Y hoy no cabe en la plaza! ¿como es esto?»  
No te canses, Lucillo, en reflexiones;  
Pues no ves que se empina en dos tacones.

Tan altos, tan iguales,  
Que salen con tacon los carcañales.

Y piensas se contenta  
¿Con crecer con los piés? Tambien intenta  
Poner en la cabeza su cuarto alto.

Dá con la vista un salto,  
Y verás el tupé, el jardín, el rizo,  
La mitad natural, la otra postizo,  
Con el petiboné, medio al desgaire:  
Pues todo es ganar tierra por el aire.

Pero lo que más te pasma  
(Aun más que todo admirarás una fantasma)

Es verla tan anchota,  
Que casi llena un juego de pelota;  
Y dudas al mirar el envoltorio,  
Si acaso aquello que anda es un cimborio.

Eres un monaguillo,  
Pues no ves, ¿qué es milagro del tontillo?  
Aquel que á las casadas

Sirve entre otras mil cosas excusadas;  
Pero en tal cual soltera no muy lisa,  
Es sin duda una alhaja muy precisa.

¿Para qué, me dirás? Eres sincero;  
Íbatelo á decir, pero no quiero.

El tontillo á la flaca la hace gorda,  
Y tal cual vez finge tortola á la torda,  
Porque son los tontillos nobles piezas  
Para encubrir gorduras y flaquezas.

Una mujer en fin, con guarda infante,  
Cátala convertida en elefante;

¿Haces gesto al simil? ¿no te llena?  
Pues por mí mas que sea una ballena.

No obstante que ni Fray Gerundio ni Fray Blas  
eran del gusto más delicado, que se ha conocido has-



ta ahora en el orbe de las letras, como lo puede haber observado el curioso lector en la série de esta exactísima historia, se sabe que aplaudieron bastantemente la trova, por ser lo que más entendían; bien que Fray Gerundio por saber sin comparación mucho más latin que Fray Blas, no dejó de hallar singular gracia en los versos latinos; y como que se inclinaba á que tenían más que los castellanos, así lo dió á entender, y con esto se pelaba las barbas el Familiar, porque sus padres no le hubiesen dado estudios, por lo ménos hasta que saliese un razonable gramático, que fué la frase con que se explicó.

Los que oyeron todos con gran indiferencia fueron Anton Zotes y la señora Cecilia; Anton Zotes, porque casi desde el principio de la conversacion se habia algo dormido, á causa de estar algo alcanzado de sueño, por haberse levantado á media noche á dar pienso á las caballerías: la señora Cecilia, porque del latin (ya se vé) no entendía palabra, y del romance le sucedia con corta diferencia lo mismo. Solo percibió que allí se hablaba de tontillo, y esto bastó para que dijese muy alegre: « Ahí me las dén todas; que yo ni para mí, ni para Misa he pensado en jamás en tontillo; pues ni mi madre, ni mi aguela usaron por en jamás de los en jamases de esas invenciones. »

« Tú, que tal dijiste (tomó la taba su marido el Familiar, y la dijo): oyes, y tu madre ni tu aguela usaron en jamás de los en jamases, de los galones d'oro, de encajes de prata, de telas de tieza, de enguarinas, de trapacerías, de mantos de tafetan de illustre, con encajes de media vara, de em-

« banico de dobron, de manguito enferrado por fuera en terciopelo, de rosario de pizázuli ó de embenturina engarzado en prata ú en oro; ni de otras mil embusterías (otra cosá peor iba á decir pero calló) de las qu'usas tú, y quieres qu'usen también tus hijas. Unas sayas de estameña, unas basquiñas de cordelate, una enguarina de paño fino en los días récios, una capa sobre la cabeza con su vuelta negra de rizo, ó á lo ménos de terciopelo, con embanico redondo de papel pintado con almagre encima de una caña, un rosario de lágrimas, y el más precioso de cachumbo, estas eran las galas y servidor. Ansina vivieron honradamente, ansina nos dejaron un pedazo de pan que comer, y no tú, que tienes traza de echarme por puertas; porque en los días de fiesta, pareces una condesa, y tus hijas unas marquesas: siendo ansina, que no sois más que unas probes y honradas labradoras, sin considerar que causais risa á la gente de meollo, porque al fin, aunque la mona se vista de seda, mona se queda. »

Iria el sermon más adelante, si en aquella hora no hubiera entrado una criada á poner la mesa, porque ya era hora de comer, y por la cuenta ni en la comida ni en lo restante de aquel dia, que se quedaron á descansar en el Fregenal, no debió de suceder cosa remarcable: á lo ménos los autores de aquellos tiempos tan retirados, nada refieren, contentándose con decir, que la mañana siguiente muy de madrugada, despedidos todos cortesantemente unos de otros, Anton Zotes tomó el camino de Campazas, y Fray Gerundio y Fray Blas fueron á comer á su



convento, donde Fray Gerundio fué recibido de su Prelado con mucho agasajo, y de los demás, especialmente de la gente moza, con indecible alegría y aplauso; porque ya habia llegado al convento la fama de sus sermones. Solo se sabe por un libro de becerro escrito con letras góticas, y ya muy gastadas después de tantos siglos, que luego que llegó el Prelado le puso en la mano una patente del provincial, en que le hacia predicador mayor de la casa, dispensándole en los años de predicador sabatino y de predicador segundo, que pedia la constitucion, por justas causas que le movian á ello, todo con acuerdo del difinitorio, en virtud de la facultad que le concedió para ello la Bula del Papa Clemente III que comienza: *Ad promovendum*. Al mismo tiempo recibió Fray Blas otra patente de jubilacion, en que se le declaraba presentado por el púlpito para el magisterio; con que los dos amigos del alma no se veian de polvo de abrazos y enhorabuena.

FIN DEL TOMO TERCERO.